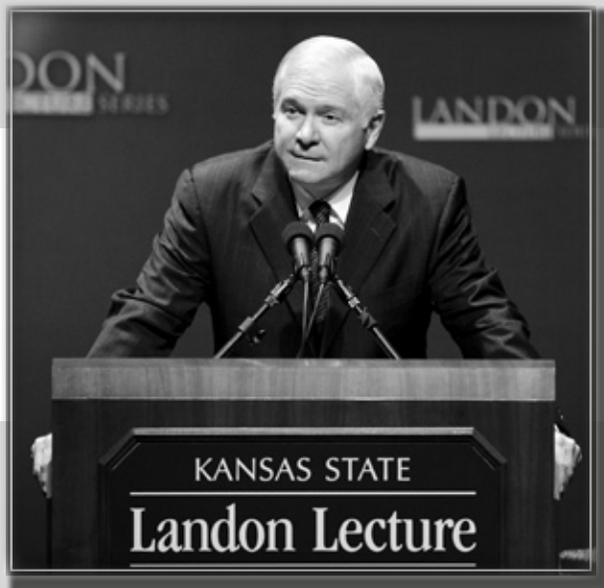


Más allá de las armas y el acero: La restauración de los instrumentos no militares del poder norteamericano



Una traducción de los comentarios del Secretario de Defensa el Dr. Robert M. Gates, en Manhattan, Kansas, el 26 de noviembre de 2007.

La publicación de este discurso fue aprobada por el Departamento de Defensa.

CONSTITUYE AMBOS UN honor y un placer el formar parte de las series de lecturas Landon—un foro que por más de cuatro décadas se ha constituido en anfitrión de algunos de los líderes intelectuales de América y así como de hombres de estado. Considerando eso, inicialmente me pregunté si la invitación fue dirigida a Bill Gates.

Es un placer salir de Washington, D.C. por un rato. Salí de Washington, en el año 1994, y estuve seguro, y muy contento de que fue la última vez que yo viviría allí. Pero la historia y los acontecimientos actuales suelen resarcirse de aquéllos que dicen “nunca”. He estado de vuelta en el Distrito de Columbia por cerca de un año, lo cual me recuerda un viejo dicho: en los primeros seis meses que te encuentres en Washington desearías saber cómo diablos llegaste allí. Durante los próximos seis meses, desearías saber cómo diablos el resto de los demás llegó allí.

Mirando alrededor del mundo ahora, el optimismo y el idealismo parecen no tener mucho espacio en la mesa. No existe una reducción en las ansias respecto a donde se dirige nuestra nación y cual será su rol en el siglo XXI.

Pero puedo recordar claramente otros tiempos cuando tales sentimientos oscuros prevalecían en mi vida. En 1957, cuando me encontraba en la escuela secundaria Wichita Este, la Unión Soviética lanzó el satélite *Sputnik* y los norteamericanos temieron quedarse muy atrás en la carrera hacia el espacio, y mucho más preocupados, por la carrera misilística.

En 1968, el primer año completo que viví en Washington, fue el mismo de la ofensiva abierta de Tet en Vietnam, donde los niveles de bajas de las tropas norteamericanos alcanzaron los más altos. A lo largo de toda la nación, protestas y violencia sobre la guerra de Vietnam inundaron el campo y las ciudades americanas. En mi segundo día de trabajo como analista de la CIA, la Unión Soviética invadió a Checoslovaquia. Y luego vinieron los años 70 cuando se veía que todo lo que podía salir mal para los EUA estaba saliendo en realidad.

Todavía, a través de todo, se añadió otra línea en la historia, una todavía no aparente. Durante los mismos años, los elementos que eventualmente nos guiarían hacia la victoria de la Guerra Fría se encontraron en su lugar y las fuerzas estaban en movimiento—una victoria lograda no por un partido o

FOTO: El Secretario de Defensa de EUA el Dr. Robert Gates da un discurso ante la Universidad Estatal de Kansas, Manhattan, Kansas, el 26 de noviembre de 2007.
(AP Foto/Charlie Riedel)

un solo presidente, pero por una serie de decisiones, selecciones e instituciones que abarcaron décadas, generaciones y administraciones. Entre estos:

- La primera postura bravía adoptada por Harry Truman con la Doctrina de Contención;
- Los Acuerdos de Helsinki bajo Gerald Ford;
- La elevación de los derechos humanos bajo Jimmy Carter;
- Las fuertes palabras y acciones de Ronald Reagan; y
- La magistral diplomacia de fase final de George H.W. Bush.

Todos contribuyeron a llevar hacia la derrota al imperio diabólico no con un golpe pero con un gemido. Y virtualmente sin haber disparado un solo tiro.

En este gran esfuerzo, tanto las instituciones como la gente y las políticas jugaron roles clave. Muchas de estas organizaciones clave fueron creadas 60 años atrás en la Ley de Seguridad Nacional de 1947, un simple acto de legislación que fundó la CIA, el Consejo de Seguridad Nacional, la Fuerza Aérea de los Estados Unidos y lo que ahora se conoce como el Departamento de Defensa. Menciono todo esto porque ese ordenamiento e instrumentos de poderío nacional fueron designados a los albores de la nueva era de las relaciones internacionales para los Estados Unidos—una era que fue dominada por la Guerra Fría.

El fin de la Guerra Fría y los ataques del 11-S marcaron un nuevo despertar en la era de las relaciones internacionales—una era donde aquellos desafíos pudiesen tornarse impredecibles tanto en complejidad como en alcance.

En aspectos importantes, las grandes luchas del siglo XX—la Primera y la Segunda Guerras Mundiales y la Guerra Fría—escondieron conflictos que habían subido de temperatura al punto de estallar guerras e inestabilidad por siglos anterior a 1914: rivalidades étnicas, guerras religiosas, movimientos independentistas y, especialmente en el último cuarto del siglo XIX, el terrorismo. La primera guerra mundial fue estallida por un asesinato terrorista cometido por un miembro de un grupo étnico en búsqueda de independencia. Estos antiguos odios y conflictos fueron enterrados vivos durante y después de la Gran Guerra. Pero, como los monstruos de las obras de ciencia ficción, han retornado de sus tumbas para amenazar la paz y estabilidad

mundial. Piensen en la masacre en los Balcanes cuando Yugoslavia se desintegró en los años 90. Incluso ahora, nos preocupamos respecto a las implicaciones de la independencia de Kosovo en las próximas semanas para Europa, Serbia y Rusia. ¿Qué reparto de caracteres suena familiarmente inquietante un siglo después?

Los prolongados años de conflictos bélicos religiosos en Europa entre los protestantes y los católicos encontraron escalofriantes ecos contemporáneos en la contienda por la conquista de corazones y mentes entre los sunitas y chiítas en el Medio Oriente, el Golfo pérsico y el Sudeste de Asia.

También hemos olvidado que en el período de tiempo entre las administraciones de Abraham Lincoln y John F. Kennedy, dos presidentes norteamericanos y un candidato presidencial fueron asesinados y/o atacados por terroristas—como fueron varios zares, emperadores, príncipes y un archiduque, en un día horrendo en junio de 1914. Otras acciones del terrorismo se tornaron comunes en Europa y Rusia a finales del siglo XIX.

De tal forma, la historia no detuvo con el fin de la Guerra Fría. Por el contrario, se despertó de verdad. Y, con la resurrección de los monstruos del pasado que llegaron a ser más fuertes y más peligrosos que nunca antes debido a la tecnología moderna—ambas la comunicación y la destrucción—y hacia el resto del mundo que se encuentra más cercanamente conectado e interdependiente ahora que en el mundo de 1914.

...los ataques del 11-S marcaron un nuevo despertar en la era de las relaciones internacionales—una era donde aquellos desafíos pudiesen tornarse impredecibles tanto en complejidad como en alcance.

Infelizmente, los peligros y desafíos del pasado han sido unidos por nuevas fuerzas de inestabilidad y conflicto, entre ellos:

- Una forma nueva y más maligna del terrorismo global enraizada en el extremista y violento yihadismo;

- Nuevas manifestaciones de conflictos étnicos, tribales y sectarios en todo el mundo;
- La proliferación de armas de destrucción masiva;
- Estados fallidos y en proceso de fallir;
- Estados enriquecidos con la ganancias petrolíferas y descontentos con el actual orden internacional; y
- Fuerzas centrífugas en otros países que amenazan la unidad nacional, estabilidad y paz interna, pero también con complicaciones para la seguridad regional y global.

En todo el mundo, existen regímenes autoritarios que enfrentan poblaciones inquietas que buscan libertad política y un mejor nivel de vida. Y finalmente, vemos a grandes poderes emergentes y resurgentes cuyo camino futuro se encuentra todavía incierto.

Una de mis aforismos favoritos establece que la experiencia constituye la habilidad para poder reconocer un error cuando se lo comete de nuevo. Por cuatro veces en el último siglo los Estados Unidos han llegado al final de una guerra, llegando a la conclusión de que la naturaleza del hombre y del mundo habían cambiado para mejor, concentrando nuestra atención de nuevo

Mi mensaje se centra en que si enfrentamos numerosos desafíos en el mundo en las décadas venideras, este país debe fortalecer otros elementos importantes del poderío nacional tanto institucional como financieramente y crear la capacidad de integrar y aplicar todos los elementos del mismo para solucionar amplios problemas y desafíos.

en asuntos internos, unilateralmente desarmando y desmantelando importantes instituciones de nuestra seguridad nacional—en el proceso, dándonos a nosotros mismos lo que llamamos “el dividendo de la paz”. En cuatro ocasiones hemos tratado de olvidar la historia.

Isaac Barrow una vez escribió: “Menudo puede ser el mundo un paraíso, rebotante de gozo y

tranquilidad, en el los hombres alegremente conspiraren con afecto y cooperación para contribuir a la satisfacción de todos y cada uno y cuanto ahora estos se han vuelto brutalmente ariscos, como, bestias salvajes, que se irritan y persiguen, preocupando y devorándose los unos con los otros”. Escribió esto a finales del siglo XVII. O, escuchen a las palabras de William Stephenson, el autor de *Un hombre llamado intrépido* y una figura fundamental en la victoria de los aliados durante la Segunda Guerra Mundial. Escribió, “Talvez amanecerá un día en el cual los tiranos ya no puedan amenazar más la libertad de ninguna persona, cuando las funciones de todas las naciones, aunque con variadas ideologías, son las de mejorar la vida, no controlarla. Si tal condición puede ser posible, se la encontrará en un futuro demasiado lejano”.

Después del 11-S, los Estados Unidos se rearmaron y nuevamente fortalecieron sus capacidades en inteligencia. Será críticamente importante mantener estas capacidades en el futuro—será importante no cometer el mismo error por quinta vez.

Pero, mi mensaje hoy ni trata del presupuesto ni el poderío militar. Mi mensaje se centra en que si enfrentamos numerosos desafíos en el mundo en las décadas venideras, este país debe fortalecer otros elementos importantes del poderío nacional tanto institucional como financieramente y crear la capacidad de integrar y aplicar todos los elementos del mismo para solucionar amplios problemas y desafíos. En breve, basado en mi experiencia sirviendo a siete presidentes, como ex-director de la CIA y ahora como Secretario de la Defensa, estoy aquí exponiendo las razones para fortalecer nuestras capacidades de usar el poder “blando” y para establecer una mejor integración con el poder “duro”.

Una de las lecciones más importantes de las guerras en Irak y Afganistán establece que el logro de éxito militar no es suficiente para vencer, sino el desarrollo económico, la construcción institucional y el imperio de la ley, promoviendo así la reconciliación interna, un gobierno eficaz y brindando servicios básicos para los pobladores, equipando y entrenando a las fuerzas militares y policiales autóctonas, comunicaciones estratégicas y más—estas, junto con la seguridad, son los ingredientes esenciales para lograr el éxito

a largo plazo. Será necesario cumplir todas estas tareas para enfrentar los diversos desafíos que he descrito.

Así, debemos urgentemente dedicar tiempo, esfuerzos y raciocinio respecto a cómo organizarnos mejor para encarar los desafíos actuales internacionales y del futuro—el mundo que ustedes como estudiantes heredarán y liderarán.

Hablé hace unos momentos atrás del hito de la Ley de Seguridad Nacional de 1947 y de las instituciones creadas para enfrentar a la Guerra Fría. Debido a los desafíos que acabé de mencionar, me gustaría plantear una pregunta: ¿Acaso, si se aprobara la “Ley de Seguridad Nacional de 2007”, mirando más allá de los conflictos que hacen noticia día a día, cuáles problemas debería afrontar? ¿Cuáles capacidades debería desarrollar o incrementar? ¿Dónde debería guiar a nuestro gobierno a medida que miramos hacia el futuro? ¿Qué instituciones nuevas necesitaríamos para este mundo pos Guerra Fría?

Como un viejo guerrero de la Guerra Fría con un Doctorado en historia, espero que ustedes me satisfagan cuando tomo un paso atrás en el tiempo. Debido al hecho de que el contenido primordial es importante, son instructivos las metas, éxitos y fracasos de la Guerra Fría en considerar cómo podríamos mejorar el enfoque de nuestros esfuerzos y recursos—especialmente en la manera en la que nuestra nación puede influir en el resto del mundo para ayudar a proteger nuestra seguridad y avanzar nuestros valores e intereses.

Lo que consideramos hoy en día los elementos e instrumentos claves de poderío nacional localizan sus inicios a mediados de la década de 1940, hasta los tiempos cuando el gobierno se encontraba todavía captando las lecciones aprendidas durante la Segunda Guerra Mundial. Mirando para atrás, se olvida con frecuencia que el esfuerzo bélico—aunque victorioso—fue obstaculizado y dificultado por las divisiones y disfunciones. Franklin Roosevelt bromeó que tratar de cambiar la Armada, la cual poseía su propio departamento a nivel de gabinete ministerial en aquel tiempo, era similar a golpear una cama de plumas. Dijo, “Tú golpeas la misma con la derecha y la golpeas con la izquierda hasta quedar finalmente exhausto y luego se

la encuentra igual que antes”. Y Harry Truman destacó que si la Armada y el Ejército hubiesen peleado tan duro contra los alemanes así como pelearon el uno con el otro, la guerra hubiese terminado mucho más antes.

Este antecedente impulsó el pensamiento detrás de la Ley de Seguridad Nacional de 1947, la cual tenía como objetivo el de arreglar los fracasos sistemáticos que plagaban al gobierno y las fuerzas armadas durante la II GM—mientras revivificando las capacidades y creando el marco idóneo para la lucha contra la Unión Soviética, la cual cada día que pasaba se veía más inevitable.

El Acta de 1947 reconoció que habíamos sido demasiados entusiastas en nuestro deseo de acabar con las capacidades que anteriormente habían sido tan inestimables durante la guerra. La mayor parte de los recursos de inteligencia y de información norteamericanos desaparecieron en cuanto el tiroteo había cesado. La Oficina de Servicios Estratégicos—la agencia de inteligencia en tiempo de guerra—fue suprimida, como fue la Oficina de Información de Guerra. En el año 1947, la Oficina de Servicios Estratégicos se convirtió en la CIA, pero pasarían años antes de que restauremos nuestra capacidad en comunicaciones con la creación de la Agencia de Información de los Estados Unidos.

Existe en muchos círculos la tendencia de ver este período como el apogeo de sabiduría y sofisticación del gobierno. Como yo escribí hace muchos años atrás, “Mirando hacia atrás, todo parece muy fácil, sin problemas e inevitable”, pero era todo menos.

Considere el hecho de que la creación de un Establecimiento Militar Nacional en el año 1947—el Departamento de Defensa—tuvo como propósito el de fomentar un sentido de unidad entre las fuerzas armadas. Lo cual no se logró sino hasta dos años después cuando el Congreso tuvo que aprobar otra ley porque los Jefes de Estado Mayor Conjunto eran todo menos conjunto. Y no hubo ningún jefe que arbitraba las disputas constantes.

Al principio, el Secretario de Defensa tuvo sólo un poco poder efectivo—a pesar de su elevado título. La ley le restringió contar con un estado mayor militar y lo limitó a sólo tres asistentes civiles. En estos días, necesito tres sólo para organizar mi correo.

A lo largo de la lucha prolongada de la Guerra Fría, las diversas partes del gobierno no se comunicaban ni coordinaban muy bien las unas con las otras. Había fallas militares, de inteligencia y diplomáticas en Corea, Vietnam, Irán, Grenada y en muchos otros lugares. Lograr que los servicios militares trabajen juntos constituía en una batalla recurrente que tenía que ser abordada repetidas veces y la misma solamente fue resuelta por la legislación en el año 1986.

Pero a pesar de los todos los problemas, nos dimos cuenta, como lo hicimos durante la Segunda Guerra Mundial, de que la naturaleza de los conflictos requieren que desarrollemos habilidades e instituciones clave—muchas de las mismas *no militares*. El Plan Marshall, y más tarde la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, dieron a conocer el rol de la situación económica en el mundo; la CIA, el rol de la inteligencia; y de la Agencia de Información de los Estados Unidos, el hecho de que el conflicto se manifestaría tanto en los corazones y las mentes como en cualquier campo de batalla.

La clave, con el transcurrir del tiempo, fue la de dedicar los recursos necesarios—efectivos y fondos—y hacer gran parte de las cosas bien mientras a la vez manteniendo la habilidad de recuperar de los errores que cometemos a lo largo del camino. Al fin y al cabo, nuestra resistencia pagó dividendos ya que la Unión Soviética se desmoronó y las prolongadas décadas de la Guerra Fría terminaron.

Sin embargo, durante el año 1990, con la complicidad del Congreso y de la Casa Blanca, los instrumentos claves del poderío nacional de EUA una vez más se deterioraron o fueron abandonados. Muchas personas están familiarizadas con los recortes en la parte militar e inteligencia—incluyendo las reducciones radicales en la mano de obra de efectivos, cerca del 40% del Ejército en servicio activo y el 30% en los servicios clandestinos de la CIA.

Lo que no es bien conocido, y posiblemente aún más miope, fue la reducción radical de la habilidad norteamericana de involucrarse, ayudar y comunicarse con otras partes del mundo—el poder “blando”, el cual que había resultado ser tan importante a lo largo de la Guerra Fría. El Departamento de Estado no pidió más

diplomáticos por una temporada. La Agencia de EUA para el Desarrollo Internacional sufrió profundos recortes en el personal—su plantilla permanente bajó desde un nivel de 15.000 durante la Guerra de Vietnam hasta el de casi 3.000 en 1990. Y la Agencia de Información de EUA fue abolida como un ente independiente y repartido; la mayoría de sus capacidades fueron asumidas por diversas partes del Departamento de Estado.

Incluso cuando hemos desacelerado nuestros esfuerzos, el mundo llegó a ser más inestable, turbulento e impredecible que durante la Guerra Fría. Y luego surgieron los ataques del 11 de septiembre de 2001, uno de esos raros días en los que la vida cambia, un impacto tan grande que parecía haber cambiado la estructura de las placas de la historia. Ese día abruptamente puso fin a la falsa paz de los años 90 así como a nuestro “descanso de la historia”.

Como es el caso en tales acontecimientos monumentales, han tardado algunos años para poner en claro las curvas de nivel del ámbito internacional. Lo que sí sabemos es el hecho de que los peligros y desafíos que tendremos que encarar en el ámbito extranjero en las primeras décadas del siglo XXI se extenderán más allá del dominio tradicional de una sola agencia del gobierno.

Los desafíos reales que hemos visto emerger desde la finalización de la Guerra Fría—de Somalia a los Balcanes, Irak, Afganistán y otros—tienen claro la necesidad de cambiar nuestras prioridades para mejor tratar con la frecuencia de la “guerra asimétrica”. Tal como expresé en una reunión con integrantes del Ejército el mes pasado, es difícil de concebir que cualquier país desafiaría a EUA en términos militares convencionales—por lo menos no en los años venideros. Sin embargo, la historia nos ha mostrado que pequeñas fuerzas irregulares—insurgentes, guerrillas, terroristas—por muchos siglos han encontrado vías de hostigar y frustrar a mayores ejércitos regulares y generar el caos.

Tenemos la expectativa de que la guerra asimétrica será el principal sostén del campo de batalla contemporáneo por mucho tiempo. Los conflictos serán fundamentalmente políticos en naturaleza y requerirán la aplicación de todos los elementos de poderío nacional. El éxito tendrá menos que ver con una cuestión de la imposición

de la voluntad y más con la función de ejercer influencia en comportamiento—el de amigos, adversarios y, de mayor importancia, las personas entre ellos.

Probablemente, el componente militar más importante en la Guerra Contra el Terrorismo no es el de pelear entre nosotros mismos, sino cuan eficaz podemos ayudar a naciones amigas para que puedan defenderse y gobernarse ellos mismos. La provisión y mentorazgo de ejércitos y fuerzas policíacas autóctonos—una vez la competencia de las fuerzas especiales—se ha convertido ahora en una misión fundamental para las fuerzas armadas.

Pero estas nuevas amenazas también requieren que nuestro gobierno opere en su totalidad de manera diferente—actuar con agilidad, unidad y creatividad. Se requerirán la dedicación de una considerable cantidad de recursos a los instrumentos de poder no militares de EUA.

Por lo tanto, ¿cuáles son las capacidades e instituciones que nuestra nación debe colectivamente considerar—a través de tanto la rama ejecutiva como la legislativa, así como las personas por quién sirven?

Me gustaría empezar con adelantar una observación. Gobiernos de todos los estratos parecen tener gran dificultad en armarse de las ganas—y los recursos—para enfrentar hasta las amenazas obvias y probablemente inevitables, mucho menos las amenazas que son más complejas o van más allá del horizonte. Sin embargo, no existe ningún defecto inherente en la naturaleza humana o en un gobierno democrático que nos impide preparar para enfrentar desafíos y peligros potenciales al tomar acciones previsoras con beneficios a largo plazo. Como seres humanos, lo hacemos todo el tiempo. El Congreso lo hizo en el año 1947. Como nación, hoy, así como en 1947, la clave es un liderazgo sabio y bipartidario—y la voluntad política.

Mencioné hace un momento que una de las lecciones más importantes de nuestra experiencia adquirida en Irak, Afganistán y en otros lugares ha sido el rol decisivo jugado por los esfuerzos de reconstrucción, desarrollo y gobernabilidad en cualquier éxito fructífero a plazo largo.

El Departamento de Defensa ha asumido muchos de estos cargos que pudieron haber sido tomados por agencias civiles en el pasado,

aunque nuevos recursos han permitido al Departamento de Estado adoptar un mayor rol en los meses recientes. Todavía, forzados por las circunstancias, nuestros valientes hombres y mujeres uniformados han tomado la tarea, junto con artilleros y tanquistas construyendo escuelas y haciendo el mentorazgo a ayuntamientos—

La provisión y mentorazgo de ejércitos y fuerzas policíacas autóctonos—una vez la competencia de las fuerzas especiales—se ha convertido ahora en una misión fundamental para las fuerzas armadas.

frecuentemente en un idioma que no hablan. Han realizado un trabajo admirable. Y como dije antes, las fuerzas armadas van a necesitar institucionalizarse y mantener estas capacidades no tradicionales—algo que los cadetes del Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva que forman parte de la audiencia pueden esperar.

Pero no existe un reemplazo real para cosas que requieran la participación y la pericia civil.

Algunos ejemplos son útiles aquí, como microcosmos del esfuerzo general que nuestro gobierno debe hacer—uno histórico y unos pocos contemporáneos.

No importa cuan incomodo sea referirnos a Vietnam después de tantos años, la historia de ese conflicto resulta ser instructiva. Después de primero perseguir una estrategia basada en la potencia de fuego militar convencional, EUA cambió de curso e inició un programa comprensivo e integrado de pacificación, de acción civil y desarrollo económico. El programa *CORDS* [*Civil Operations Revolutionary Development and Support* - Desarrollo y Apoyo Revolucionarios de las Operaciones Civiles], como se conocía anteriormente, fue conformado por más de mil empleados civiles de *USAID* y otras organizaciones y, junto con las múltiples agencias, llevaron a cabo un esfuerzo conjunto. Tuvo un efecto, en las palabras del General Creighton Abrams, de poner “A todo lo de los Estados Unidos en un lado y lo del enemigo en

el otro”. En el momento en el que las fuerzas norteamericanas fueron replegadas, el programa *CORDS* había ayudado a pacificar la mayor parte de las aldeas en Vietnam del Sur.

La importancia de emplear el don innato de civiles ha sido reaprendida—con mucha dificultad—por medio del esfuerzo encaminado a asignar a equipos de reconstrucción provinciales, primero en Afganistán y luego, más recientemente, en Irak. Los equipos se diseñaron para atraer a civiles con experiencia en el agro, gobernabilidad y otros aspectos del desarrollo—para trabajar conjuntamente con las fuerzas armadas con la finalidad de mejorar las vidas de la población local, un precepto fundamental de cualquier esfuerzo de contrainsurgencia. Dondequiera que se los empleaba—incluso un contado número—hemos presenciado cambios tangibles y frecuentemente radicales. Un comandante de brigada del Ejército destinado en Bagdad recientemente dijo que un equipo de reconstrucción provincial integrado a las fuerzas armadas resultó ser “central” en esfuerzos para convencer a los iraquíes en su sector a mejor gestionar sus asuntos.

También, hemos aumentado nuestro nivel de eficacia al colaborar con organizaciones y personas fuera del gobierno—recursos infrautilizados con una tremenda potencial.

En Afganistán, por ejemplo, las fuerzas armadas han introducido recientemente antropólogos profesionales para servir como asesores. *The New York Times* informó sobre los esfuerzos de uno de ellos, que dijo: “Con frecuencia me acusan de militarizar la antropología, pero en realidad la inversa es verdad”.

Y los esfuerzos están ocasionando un verdadero resultado. El mismo artículo contó de una aldea que había acabado de ser rastreada de los talibanes. El antropólogo señaló a los oficiales militares el hecho de que existían más viudas que de costumbre, y que los hijos se sentirían obligados a cuidarlas—posiblemente al integrarse en la insurgencia, donde gran parte de los guerreros son remunerados. Por lo tanto, los oficiales norteamericanos introdujeron un programa de formación profesional para las viudas.

Del mismo modo, nuestras universidades públicas han brindado una pericia valiosa con respecto a cuestiones agrícolas y más. La Universidad de Texas A&M ha destinado un

cuerpo docente a Afganistán e Irak a partir del año 2003. Y la Universidad Estatal de Kansas presta su conocimiento y experiencia para ayudar a revitalizar las universidades en Kabul y Mazar-e-Sharif y se esfuerza en mejorar el sector agricultor y atención veterinaria a lo largo de Afganistán. Estos esfuerzos no pasan desapercibidos por los ciudadanos afganis tampoco por nuestros hombres y mujeres en uniforme.

Las buenas obras de individuos y grupos tales como estos me han alentado, pero me preocupa el hecho de que necesitamos aún más civiles participando en el esfuerzo y que nuestros esfuerzos deben ser integrados de manera más eficaz.

Y permanezco siendo preocupado que no hayamos creado ninguna capacidad o institución permanente para desarrollar y desplegar estos tipos de destrezas en el futuro. Los ejemplos que mencioné anteriormente han sido concretados en general de manera *ad hoc*—por la vía rápida en plena crisis. Como nación, necesitamos resolver el problema con respecto a cómo institucionalizar programas y relaciones tales como estos. Y necesitamos descubrir más recursos infrautilizados—en lugares donde no resulta necesariamente importante cuánto dinero se gasta, sino la manera en que se lo gasta.

La forma debida de institucionalizar estas capacidades probablemente no es la de recrear o repoblar las instituciones del pasado tales como Agencia de EUA para el Desarrollo Internacional o la Agencia de Información de EUA. Por otra parte, sólo agregar más personas a los departamentos del gobierno ya vigentes tales como los de Agricultura, Hacienda, Comercio, Justicia y etcétera tampoco es suficiente—incluso si las mismas resultaran ser más desplazables en el ámbito extranjero. Se necesitan nuevas instituciones para el siglo XXI, nuevas organizaciones con una mentalidad que corresponde con el siglo XXI.

El arte y ciencia de relaciones públicas, por ejemplo, fue elaborado en EUA; sin embargo, somos sumamente ineficaces en comunicar con el resto del mundo respecto a nosotros como sociedad y cultura, nuestros conceptos de libertad y democracia así como nuestras políticas y objetivos. El hecho de que Al Qaeda difunde sus mensajes en la Internet más eficazmente que EUA es absolutamente vergonzoso. Tal como un diplomático extranjero planteó hace pocos

años, “¿Cómo ha logrado un hombre en una cueva comunicar más eficazmente que la mayor sociedad comunicacional del mundo?” En cuanto a las comunicaciones estratégicas norteamericanas, términos como rapidez, agilidad y relevancia cultural no acuden a la mente en seguida.

Del mismo modo, necesitamos conformar un considerable cuadro permanente de expertos con diversas destrezas que pueden desplegarse inmediatamente, una necesidad que el Presidente Bush pidió en el discurso del estado de la unión de 2007, y en la cual el Departamento de Estado ahora está trabajando con su iniciativa para desarrollar un cuerpo de reacción civil. Tanto el presidente como la Secretaria de Estado han pedido todos los fondos necesarios para continuar con esta iniciativa. Pero también necesitamos una nueva fuente de pensar en cuanto a cómo integrar las capacidades de nuestro gobierno con aquéllas en el sector privado, en universidades, en otras organizaciones no gubernamentales así como con las capacidades de nuestros aliados y amigos—y con las capacidades nacientes de aquéllos que estamos tratando de ayudar. Lo cual me lleva a un básico asunto en cuestión. A pesar de las mejoras de los últimos años, a pesar de las ideas innovadoras potenciales que dispara el futuro, a veces no existe ningún sustituto por recursos—ni por fondos.

A partir del año 2001, la financiación pública de programas de asuntos exteriores no militares se ha incrementado, pero permanece siendo desproporcionadamente insuficiente relativa a los fondos públicos que asignamos a las fuerzas armadas y a la importancia de tales capacidades. Tome en consideración el hecho de que el presupuesto del Departamento de Defensa de este año—sin contar las operaciones en Irak y Afganistán—es casi medio trillón de dólares. El presupuesto pedido por el Departamento de Estado se totaliza US\$ 36 billones de dólares—menos de los fondos que el Departamento de Defensa dedica a asistencia sanitaria por sí solo. La Secretaria Rice ha pedido un incremento de fondos públicos para el Departamento de Estado y el desarrollo del servicio exterior. La necesidad es seria.

A pesar de pedir más personal, hay solamente aproximadamente 6.600 diplomáticos profesionales, menos de las tripulaciones conformando una fuerza de ataque de

portaaviones. Y desafíos de personal prenden de manera amenazante en el horizonte. Según una apreciación, un 30% de los diplomáticos de *USAID* cumplen los requisitos para jubilarse este año—una experiencia inestimable que no puede ser reemplazada por contratistas.

En general, el actual nivel de financiación pública militar se totaliza aproximadamente un 4% del PIB, por debajo de lo normal y muy por debajo del de aquéllos en tiempos de guerra. No obstante, usamos este marco idóneo como un cálculo aproximativo de cuántos fondos debemos dedicar a la defensa. Faltamos un marco parecido para los otros departamentos e instituciones.

Desde mi perspectiva, queda patente que se necesita incrementar radicalmente el nivel de financiación pública para los instrumentos civiles de seguridad nacional—la diplomacia, comunicaciones estratégicas, ayuda al exterior, acción cívica así como renovación y desarrollo económico. La Secretaria Rice habló de esta necesidad durante un discurso pronunciado en la Universidad de Georgetown casi hace dos años atrás. Debemos concentrar nuestros esfuerzos más allá de las armas y acero de las fuerzas armadas, más allá de sólo usar nuestros valientes soldados, marineros, marines e integrantes de la Fuerza Aérea. Debemos concentrar nuestros esfuerzos también en los otros elementos de poderío nacional que resultarán ser tan esenciales en los años por venir.

Ahora, estoy conciente de que un secretario de defensa vigente viajando a mediados del país para soltar un rollo publicitario con el objetivo de incrementar el nivel de financiación pública de agencias independientes de lo suyo puede ser

Se necesitan nuevas instituciones para el siglo XXI, nuevas organizaciones con una mentalidad que corresponde con el siglo XXI.

considerado una rareza—o blasfemia por algunos en el Pentágono. Sin duda alguna, no va a ser fácil de convencerles en el sentido político. No me malinterpreten. Solicitaré más fondos para la defensa en el año que viene.

La dirección de mayor jerarquía de nuestras Fuerzas Armadas siempre me cuenta cuán importante son estas capacidades civiles. De hecho, cuando el actual Jefe del Estado Mayor Conjunto el Almirante Mike Mullen era el Jefe de Operaciones Navales, me dijo una vez que entregaría una parte de sus fondos presupuestarios inmediatamente al Departamento de Estado, suponiendo así que los mismos serían gastados de manera debida.

Después de todo, la participación de civiles es tanto necesaria para que las operaciones militares sean exitosas como para aliviar el estrés sentido por los hombres y mujeres de nuestras fuerzas armadas quienes han aguantado tanto estos últimos años, haciéndolo con tanta bravura y devoción. De hecho, tener disponibles un sólido nivel de capacidades civiles puede ante todo disminuir la posibilidad de usar la fuerza militar, ya sea que los problemas locales puedan ser abordados antes de que se conviertan en crisis.

La última aseveración: repetidas veces durante el último siglo, norteamericanos creyeron que este país no debiera involucrarse en los problemas en partes remotas del mundo, escogiendo así ignorarlos. ¿Cómo nos podía impactar el asesinato de un archiduque austriaco en un lugar desconocido como Bosnia-Herzegovina? ¿O la anexión de una pequeña franja de terreno llamada el Sudetenland? ¿O una derrota francesa en un lugar llamado Dien Bien Phu? ¿O el regreso a Teherán de un clérigo poco conocido? ¿O la radicalización de un hijo de un magnate de construcción árabe?

Según la obra *On the Origins of War* escrita por el historiador Donald Kagan, lo que parece ser más eficaz en los asuntos mundiales “es la posesión por parte de aquellos estados que pretenden mantener la paz del poderío preponderante y la voluntad de asumir el cargo y responsabilidades requeridas para lograr este fin”.

Winston Churchill, en comentarios hechos en Harvard en el año 1943, dijo, “El precio de la grandeza es la responsabilidad... El Pueblo de los Estados Unidos no puede escapar de su responsabilidad mundial”. Y en un discurso pronunciado en Princeton en 1947, el Secretario de Estado y ex General del Ejército George Marshall dijo a los estudiantes: “La creación de un sentido de responsabilidad del orden y seguridad mundial, el desarrollo de un sentido

de importancia contundente con respecto a las acciones que este país toma y no toma en relación al orden y seguridad mundial—estas, desde mi perspectiva, son los mayores compromisos de su generación”.

Por muchas décadas, nuestro país ha asumido mayores cargos y responsabilidades en un esfuerzo para derrotar las diversas formas del despotismo o para mantener la paz para que las otras naciones y poblaciones puedan concretar sus sueños. Por muchas décadas, el brote delicado de la libertad ha sido nutrido por la sangre norteamericana en todas partes del mundo. Hoy, a lo largo del mundo, hay más que nunca buscando la libertad económica y política—buscando la esperanza incluso cuando regímenes represivos y autores de masacres siembran las semillas de caos—pretendiendo liberarse de las cadenas de la tiranía.

Para todos estos valientes hombres y mujeres que luchan por una vida mejor, no hay mejor amigo o defensor que los Estados Unidos. Nunca debemos olvidar que nuestra nación permanece siendo un faro para aquéllos en lugares oscuros. Nuestra responsabilidad ante el mundo, la libertad y los oprimidos en todas partes no es ninguna carga para el Pueblo o espíritu de esta nación, sino más bien un beneficio.

Concluyo con un mensaje para los estudiantes en esta audiencia. El mensaje es de Theodore Roosevelt, cuyas palabras suenan a cierto hoy tal y como las pronunció en el año 1901. Dijo: “A medida que contemplamos profundamente y con entusiasmo a los años venideros, nuevos y antiguos compromisos surgen con rapidez para enfrentarnos desde el interior y el exterior. [Los Estados Unidos] debieran encarar estos compromisos con un entendimiento serio de su importancia y dificultad. Pero también tenemos motivos sobrados para encararlos con una determinación alegre así como una confianza entusiasta en nuestra capacidad de hacerlos acertadamente...Una buena obra espera esta generación; la misma debiera considerarse afortunada de tener el privilegio de hacer tal obra”.

Hoy, digo a los jóvenes líderes futuros de los Estados Unidos, “Acérquense para hacer la buena obra que está esperando esta generación asumir”. **MR**